

MARGARITA SÁENZ-DÍEZ,
PERIODISTA

La segunda emigración española se abre paso como puede



Depositan el iPad sobre la bandeja de plástico rectangular para cruzar el arco de seguridad del aeropuerto, en cumplimiento de la fastidiosa normativa. Conocen suficientemente la lengua del país de destino, así que no corren el riesgo de confundir Génova, con Genève (Ginebra). A unos cuantos de sus antecesores, el negro caos geográfico y lingüístico que arrastraba la educación en España, les llevó al lugar equivocado. Iban a trabajar a Suiza y... amanecieron en Italia.

Los que abandonan el país con un contrato cerrado bajo el brazo, pueden tener un futuro estimulante. Acaso ya no tengan que recurrir más al apoyo económico familiar, e incluso podrán enviar alguna remesa de dinero para compensar tanto desvelo.

Se disponen a trabajar en Francia, Alemania, Latinoamérica, Canadá, Australia. Ya no sentirán ese bajón cotidiano que supone levantarse de la cama sin tener más tarea que mirar el correo o el *whatsapp* por si trae alguna sorpresa, agradable. Se acabó el envío masivo del currículum. Ahora, en cambio, puede despertar la añoranza.

Se largan de España. Abandonan el país, donde la tasa de paro juvenil impide miles y miles proyectos de futuro

Se largan de España. Abandonan el país, donde la tasa de paro juvenil impide miles y miles proyectos de futuro. No buscan la "movilidad exterior", que dijo la ministra de Empleo, Fátima Báñez, en un intento inútil de difrazar la realidad. Preferirían trabajar en un centro

español de investigación oncológica o cardiovascular, en tal o cual bufete de abogados. Si pudieran, habrían elegido dejarse los ojos trazando líneas en los ordenadores de un estudio de arquitectura, que está a una hora de su casa. Habrían intentado concurrir a esas oposiciones siempre aplazadas, desarrollar sus conocimientos en un entorno próximo. Lanzarse aquí a la vida laboral, como ingeniero técnico agrícola o medioambiental.

Porque la oferta de trabajo en el exterior sigue siendo amplia y variada. En Dresde (Alemania) buscan personal de limpieza. En Salisbury (Inglaterra), solicitan un enfermero/a experto en neurorrehabilitación. En Argelia, un director de construcción para levantar un hospital. En Chequia, faltan gerentes. En Dubai, buscan españoles que conozcan los sistemas de control aeroportuario.

No será fácil conseguir el empleo entre tantos competidores, y antes que nada habrá que hacer un riguroso ejercicio de autoanálisis, para descubrir las propias limitaciones e investigar sobre la capacidad de adaptación.

Entre los más de 400.000 españoles que en los últimos cinco años han dicho adiós, la mayoría se busca la vida en el exterior

a salto de mata. Alternan el gasto de sus pequeños ahorros con trabajos temporales. Guía turístico, camarero, conductor, profesor de español, limpiacoches, encuestador telefónico. Algunos, incluso, tendrán la inmensa suerte de ser contratados como médicos rurales en Brasil o programadores informáticos en Nueva Zelanda.

La *segunda emigración* española se abre paso a trancas y barrancas, porque el entorno laboral es complicado en todas partes. Mientras, en su país de origen la producción científica española se reduce sin compasión, paralizando caminos de investigación que nunca imaginamos que serían cegados. Como la biología marina, el Alzheimer, las mutaciones celulares, la resistencia de materiales, los riesgos del ecosistema, las células madre.

La fuga de profesionales bien formados no es sólo un enorme dispendio para las arcas públicas, que contribuyeron tan generosamente a su formación. Es que además, su marcha deja a la intemperie grandes vacíos que se han abierto en sectores esenciales para el crecimiento. Y no parece en absoluto que esas lagunas se rellenen pronto.

Es mucho, el tiempo perdido en un país que dispone, disponía, de centros de investigación reconocidos entre los mejores del mundo, en especialidades como las Ciencias Físicas, la Supercomputación, la Astronomía, las Ciencias Sociales y de la Vida, entre otros muchos. Todos ellos han demostrado con creces en qué medida la investigación es un termómetro idóneo para confirmar la capacidad de un país para crecer y desarrollarse.

No es fácil pronosticar la duración de la diáspora de titulados, cuando los organismos internacionales, que hacen y deshacen a menudo a su antojo, tampoco se ponen de acuerdo a la hora de precisar la llegada de la recuperación en España.

El Fondo Monetario Internacional opina que nuestra economía permanecerá estancada hasta el año 2015, mientras en la Moncloa atisban luces al final del túnel para el final de este mismo año. Lo cierto es que el número de demandantes de empleo en el exterior sigue aumentando, mientras los más acreditados centros de aprendizaje de lenguas son de los pocos sectores que salen bien parados. El monolingüe tiene poco futuro.

Los que no engrosarán las cifras de jóvenes en el exterior serán los frustrados estudiantes que pretendían disfrutar de una beca Erasmus en una universidad extranjera. Las cifras provisionales apuntan a 1.600 alumnos menos en relación al último año, a la vista del penúltimo tijeretazo que prepara el ministro de educación, José Ignacio Wert. En los Presupuestos del Estado para 2014, los 60 millones de euros con los que dotaba el Gobierno a los proyectos Erasmus, quedarán reducidos a 17. Ahí es nada.